

SERENOS ASTURIANOS EN MADRID

JOSÉ ANTONIO PÉREZ SÁNCHEZ

Hay oficios que van desapareciendo con las nuevas formas de vida humana. Cuando leemos el Lazarillo de Tormes sonreímos ante el oficio del narrador protagonista, que es pregonero de vinos en la ciudad de Toledo. Un oficio muy vivo en la España rural, hasta la segunda mitad del siglo XX. El pregonero de lo que se vende, de lo que se informa: novedades, requerimientos, advertencias y convocatorias municipales estaba encarnado por el alguacil. Hoy ya no existen los pregoneros y los alguaciles reciben otros nombres en la administración local según su cometido: desde conserjes a auxiliares de administración y servicios. Sería muy larga la lista de los oficios que la civilización ha ido dejando de lado: herreros, caldereros, carboneros, cordoneros, lavanderas, ascensoristas, lecheras, tundidores y serenos.

El sereno era un vigilante que rondaba de noche por las calles de las grandes poblaciones para velar por la seguridad de los vecinos y facilitarles la entrada a sus casas.

En la ciudad de Madrid se contabilizaron en los años 50 dos mil quinientos serenos. La mayoría de ellos eran de Cangas de Narcea y de Tineo. No tenemos constancia de la existencia de serenos de Luarca o de su concejo, que prefirieron dedicarse a la hostelería y sobre todo a la venta de carne, de pescado, de marisco. Los serenos madrileños o de cualquier población se convirtieron en el cuerpo de seguridad privada más importante. “La mejor seguridad privada del mundo, y al Ayuntamiento le salía gratis”, decía Agustín Rodríguez Agüera, de Castañedo - Cangas de Narcea, uno de los últimos serenos asturianos en Madrid, a La Nueva España, el 15-12-2013. Los serenos madrileños, que cuidaban de las calles de la ciudad desde Carlos III (1759-1788), fueron desapareciendo paulatinamente desde el año 1977. La profesión desapareció en 1986 y la mayoría del gremio se integró oficialmente en la policía municipal o acabaron de taxistas en la capital.

Los serenos de las grandes ciudades, pero principalmente de Madrid, han entrado a formar parte de la vida literaria, nocturna y un poco clandestina, de la ciudad.

En las Escenas cuarta y undécima de *Luces de bohemia*, de Valle Inclán, un sereno baja por la acera “con un trote de madreñas, meciendo a compás el farol y el chuzo”, avisado por un Capitán para detener al protagonista, Máximo Estrella, por escándalo público acompañado de un coro de jóvenes escritores en una buñolería. En la otra escena, la fuerza pública, en su intento de detener a un preso que pretendía fugarse, ha herido de muerte, involuntariamente, a un niño, cuya madre sostiene en brazos.

- “Aquí *sus* lo entrego”, dice el sereno asturiano llevando al preso fugado a presencia de los Guardias.

El 15 de septiembre de 1968, el escritor Francisco Umbral publicó en La Estafeta Literaria un artículo muy bello, que se titula “Serenos y escritores”. Dice Umbral: “Los serenos –asturianos casi todos- son algo así como el ángel guardián de los escritores sin sueño. El sereno astur es un indiano de vuelo corto que solo llegó hasta Madrid y aquí se ha quedado con el chuzo embotado de nostalgia, hablando bable con los últimos trasnochadores del siglo”.

En la calle Ventura de la Vega, en pleno Barrio de las Letras, el matrimonio valdesano Marino Feito, de Otur y Maruja Simón, de Barcia abrieron en el año 1966, el gran restaurante Luarqués. Una casa de comidas tan acreditada como hospitalaria, para todos los asturianos, que acogió en sus salones a los más brillantes periodistas y personajes de las artes y de las letras y también políticos, que acudían desde el muy cercano Congreso de los Diputados. Por el restaurante Luarqués y los alrededores se juntaban los trasnochadores, que buscaban su casa o su pensión. Por estas calles se movía, dice Umbral, “la vaga gallofa de los últimos noctámbulos”. Casi todos reconocían al sereno asturiano y se ganaban la confianza de su compañía para acercarlos a su casa y facilitarles la entrada, entonando el “Asturias, patria querida”. Si el sereno sonreía y movía la cabeza, en el breve

paréntesis de cada estrofa, ya estaba todo hecho. Ya se podía ir uno a dormir donde le cumplía.

En el año 1986 esta canción popular, compuesta por un cubano, fue declarada himno regional. Pero antes de que esto sucediera, los serenos madrileños, en las grandes ocasiones de celebración, eran recibidos con los acordes nostálgicos y dulces de esta canción, que me dice Jesús Landeira se empezó a hacer popular en la ciudad. Seguramente gracias a ellos.

El sereno asturiano recorría las calles, escuchaba las palmadas de los que requerían su servicio y si él, por lo que fuera, tardaba en llegar y se le preguntaba que por dónde andaba, respondía –dice Umbral- “con su más dulce acento de Luarca:

-En Madrid andamos todos.”

En el mundo de las profesiones, hay algunas que cuando desaparecen, nos dejan solos por las calles, a la intemperie y con miedo.